EL PRIMER NIÑO ASESINADO POR ETA, HACE 40 AÑOS

Foto horas antes del atentado. El segundo por la derecha, de pie, es José María Piris, que resultaría muerto. El primero de los sentados, Fernando García, que quedó malherido. ÁLBUM FAMILIAR

«ETA nos dijo que mi hermano era 'daño colateral'. Y no se arrepentía»

La familia y el superviviente narran el atentado que abrió la más infame lista del terrorismo

RAFAEL J. ÁLVAREZ MADRID

Tres niños van sentados en el asiento de atrás. Vienen embarrados porque lleva toda la mañana lloviendo y han estado jugando al fútbol. Están contentos. Ha sido un buen partido y antes de empezar les han hecho una foto como a los profesionales.

José María en la fila de los que viven el fútbol de pie.

Fernando en la de los que aguardan el juego en cuclillas.

Cuando el coche se detiene para aparcar, los tres amigos ven a su derecha, abandonado en la calle, un paquete con imanes.

Un etarra lo ve todo desde una ventana.

Y entonces los niños abren las puertas traseras del coche.

Fernando la de la izquierda.

José María la de la derecha…

«Daría mi vida por poder abrazar un minuto a José María». Desde Azcoitia, Fernando García habla tras unas gafas ahumadas que le protegen una vista maltrecha. Es un armario, un tipo grande por fuera y por dentro y con el ojo derecho cesado por el terrorismo. Su casa está a un minuto del lugar donde arranca esta historia. Su padre, el hombre que conducía el coche aquel día de lluvia, vive aún en la calle donde una caja de imanes esperaba a tres amigos y habría de inaugurar la lista más infame de ETA.

La lista de los niños asesinados.

«Arrebataron la vida de mi hermano, un niño de 13 años, y desgarraron la de toda mi familia». Desde San Vicente de Alcántara, Juan Antonio Peris habla haciendo malabares de tiempo entre sus hijos y el tajo en la fábrica de tapones de corcho. Es la primera vez que lo cuenta a un medio de comunicación. Es el hermano pequeño del primer pequeño asesinado por ETA.

Se llamaba José María Piris y ayer hizo 40 años que se agachó a coger aquel paquete.

El comando *Iharri*, formado por Jon Agirre, Francisco Martín Robles, Gabriel Urizar y Jesús María Zabarte, alías el *carnicero de Mondragón*, había estado vigilando a un guardia civil que vivía en los bloques de las familias Piris y García. Eran unas viviendas pobladas por la mano de obra de la industria del acero. Como cientos de vecinos emigrantes, la familia Piris Carballo había dejado Extremadura en 1973 para ganarse el pan en el País Vasco y tanta raíz llevaba ya que el pequeño, Juan Antonio, ya había nacido en Guipúzcoa.

ARABA PRESS

EL SUPERVIVIENTE. Fernando García recibió la onda expansiva y la metralla del paquete bomba que cogió su amigo. Tenía 11 años. Quedó con la vista maltrecha para siempre. Aquí, el pasado jueves, en el lugar del atentado.

«Mi hermano José María me cuidaba mucho. Por lo que dice mi familia, era un niño muy amable que siempre tenía detalles con mi madre», relata hoy el mismo Juan Antonio que tenía dos años y medio cuando un artefacto con imanes se metió en sus biografías para siempre.

«José María era un gran jugador de fútbol y un crack con las canicas. Era alegre y educadísimo. Hasta llamaba a sus padres de usted…», recuerda ahora el mismo Fernando que tenía 11 años aquel sábado.

Los etarras habían elegido ese día para matar. Y pareció darles igual a quien. Durante la madrugada colocaron en los bajos del coche del guardia civil un paquete bomba anclado con unos imanes.

Pero no paró de llover…

«Habíamos estado jugando en Azpeitia. Mi padre nos llevaba de vuelta a casa y cuando paró para aparcar, vimos un paquete con unos imanes que nos llamó la atención. Supongo que como había llovido mucho, los imanes no pegaron bien y la bomba se desprendió del coche del guardia civil quedándose tirada en la calle. Eran como las 11 de la mañana. Cuando no llovía, allí un sábado había siempre 20 o 30 chavales jugando. Si llega a hacer sol, habría sido una masacre».

– ¿Qué pasó, Fernando?

– Íbamos Jesús Mari Vega, José María y yo atrás. Cuando nos paramos, José María salió corriendo por la derecha y yo salí por la izquierda y tuve que rodear el coche. Eso me salvó. José María llegó antes, cogió el paquete y explotó. Yo no sentí nada. De repente me quedé ciego. No veía nada. Fue como una corriente

que me recorrió todo el cuerpo. No perdí el conocimiento. Estaba de pie con los ojos abiertos sin ver nada. Yo gritaba '¡papá, papá!' y él venía hacia mí porque me oía pero no me veía porque todo estaba lleno de humo. Era brutal. Llegó hasta mí y me vio hinchado y quemado. Me llevó al centro de salud y ahí me cogió una ambulancia hasta el hospital de Donosti. Yo me ahogaba, porque tenía los pulmones con metralla.

Fernando García pasó 22 días en la UCI. Tuvo problemas de visión en la adolescencia y vio morir a su madre entre la enfermedad y la pena. También un marzo. Pero el fútbol le salvó el pasado para dejar de ser el niño de la bomba y convertirse en el hombre de los goles. Llegó a jugar en el filial de la Real Sociedad, se casó, tuvo críos y hoy trabaja en un taller relacionado con la discapacidad.

Pero el 29 de marzo de 1980 no está tan lejos.

En la casa de los Piris Carballo, la hija mayor bajó a la calle. José María llevaba puestas las zapatillas que su hermana le había dejado esa mañana. Un vecino tapó el cuerpo del primer niño asesinado por ETA.

El primero de una lista de 22.

«Yo era tan pequeño que no me acuerdo. Pero sí sé que supuso un cambio de 360 grados. Perdimos una vida que conocíamos y volvimos a nuestra tierra para intentar comenzar una nueva».

Aquella familia de cinco en Azcoitia fue un regreso de cuatro a San Pedro de Alcántara. Carmen se convirtió en una madre de cementerio diario. Los demás fueron tirando. Hoy Carmen y Antonio siguen allí, con una ausencia presente de hijo. Las dos hermanas se ganan las lentejas en Madrid. Y Juan Antonio levanta en su pueblo una vida digna.

– ¿ETA os pidió perdón, Juan Antonio?

– No. Enviaron una carta en la que decían que esa bomba no iba destinada a mi hermano, que simplemente fue un daño colateral y que no se arrepentían.

– ¿ETA te pidió perdón, Fernando?

– Jamás. Y no se lo hubiera aceptado. Una vez, siendo yo pequeño, vinieron a casa dos presuntos periodistas. No se identificaron, preguntaron mucho y se fueron. Jamás se publicó. Puede ser que fueran del mundo de ETA para saber de nosotros.

Hace seis años, EL MUNDO entrevistó a Jesús María Zabarte, 17 asesinatos a sus espaldas. Dijo no saber el nombre de sus víctimas.

– ¿Ni el de José María Piris?

– ¿Quién es?

– Un chaval de 12 o 13 años al que mataste con una bomba.

– Ah, no. Yo no puse la bomba. Me hago responsable de cada acción que haya hecho ETA, pero directamente no tengo relación.

La Justicia no piensa eso. La Audiencia Nacional lo condenó por su participación «directa, material y voluntaria» en el atentado. Él captó a los miembros del comando que pusieron el explosivo. «Indujo a la comisión del atentado, planeó y aportó los datos para que pudieran llevarse a cabo», sentenció la sentencia.

Hoy el *carnicero de Mondragón* no atiende al teléfono.

Él salió en libertad en 2013. Martín Robles en 1997. Agirre en 2011. Y Urizar en 2014.

Fernando García: «Cuando les homenajean me revuelvo. ¿Héroes, de qué? Son unos cobardes. No me gusta, pero siento rencor e impotencia. Un día mi mujer estaba trabajando en la farmacia y entró un tío. Una compañera le preguntó qué tal estaba después de 30 años en la cárcel. Cuando salió, mi mujer preguntó a las compañeras qué había hecho para estar tanto tiempo preso. 'Ah, ¿no sabes? Es el que puso una bomba que mató a un niño e hirió a otro'. Mi mujer les dijo: 'El niño herido es mi marido'. Y se desmayó. Cuando ella terminó el turno y salió, vio que el tío estaba pegando carteles proetarras. No se arrepentía el hijo de puta, perdona la expresión. Si hay arrepentimiento hay que dar una oportunidad porque todo el mundo puede equivocarse. Yo no he tenido problemas, aunque alguna vez he tenido que callar la boca a algún simpatizante de ETA».

ÁLBUM FAMILIAR

LA VÍCTIMA. José María Piris cogió un paquete con imanes que le llamó la atención. Tenía 13 años. Murió en el acto.

–Fernando, ¿qué ocurriría si estuvieras ante un etarra del comando?

– No me preguntes qué haría ante el que mató a José María y casi a mí. Si no se arrepiente, imagínate.

Juan Antonio Piris: «Nunca habrá justicia para las familias si un asesino campa libre mientras ellas lloran una pérdida. Para este tipo de criminales creo en la pena de muerte o en su caso la cadena perpetua».

– Juan Antonio, ¿qué ocurriría si estuvieras ante un etarra de aquel comando?

– Jamás tendría contacto. Y si ocurriese… no sé qué llegaría a pasar.

José María Piris está enterrado en San Vicente de Alcántara. Lo mataron con 13 años. Pero supongamos que hoy estuviera aquí, con 53.

Aquí en Azcoitia. «No le diría ni una palabra. Estaría horas abrazándole. Daría mi vida por abrazarle a él o a mi madre un minuto».

Aquí en San Pedro de Alcántara: «No creo que después de la muerte haya algo. Sólo sé que estará siempre en nuestro recuerdo».